

La obra de Cristo como profeta

Ensayista: Rev. Mutebele Chijoka, Zambia

La obra de Jesucristo como profeta

Introducción

Cuando el presidente del consejo de la Conferencia de la Iglesia Luterana del Centro de África-Zambia me pidió hace ya casi dos años presentar un ensayo sobre “la obra de Jesucristo como profeta” en la cuarta convención trienal de la Conferencia Evangélica Luterana Confesional (CELC), lo primero que me vino a la mente fue la pregunta que Jesucristo hizo a sus discípulos en la región de Cesarea Filipos, es decir: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?” (Mt 16:13). Los discípulos tuvieron suficiente información de lo que pensaba la gente acerca de Jesucristo porque en una ocasión Jesús los había enviado a proclamar las buenas noticias del reino del cielo (Mt 10). Sin esperar respondieron: “Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas” (Mt 16:13-14). En este pasaje notamos que el concepto de lo que es un profeta había echado raíz en la mente de la gente ya cuando Jesús estaba aquí en la tierra.

En esta presentación, que es la primera de tres presentaciones que hablarán de la obra de Jesucristo en su triple oficio de profeta, sacerdote y rey, consideraremos la obra de Jesucristo como profeta. Primero debemos entender la definición de profeta. Después de eso consideraremos a Jesús como Profeta de acuerdo con este bosquejo:

1. En el Antiguo Testamento
2. En el estado de humillación (exinanición)
3. En el estado de exaltación

Definiciones comunes de profeta

Merrill Unger, en “Unger’s Bible Dictionary” [Diccionario Bíblico de Unger], página 890, da la siguiente definición de profeta: “*El profeta es alguien que es inspirado por Dios para comunicar a su pueblo la voluntad de Dios y revelarles el futuro*”.

Edward W. A. Koehler, en *Compendio de la doctrina cristiana*, página 144 dice: “*Un profeta de Dios es alguien que habla por Dios, dando a conocer e interpretando la palabra y voluntad de Dios al hombre*”.

En “The Abiding Word, Tomo 2”, página 128 leemos: “*La función de un profeta, por tanto, se podría describir sencillamente: Dios habló al profeta y el profeta informó al pueblo*”.

Un profeta según la cultura africana

En “African Traditional Religion in the Biblical Perspective” [La religión tradicional africana según la perspectiva bíblica], página 88, el Dr. Richard Gehmann, que hizo estudios entre algunas tribus africanas, define lo que es un profeta para el africano: “*Un profeta es quien predice el futuro. Advierte sobre los peligros inminentes como la sequía, las lluvias fuertes, langostas, palabras y las epidemias subsiguientes. Los profetas se asocian con los espíritus ancestrales. Se comunican con los antepasados que les informan lo que sucederá y qué remedios adoptar para prevenir el desastre o protegerse contra el peligro ... Los medios principales por los que el profeta recibe sus revelaciones es el sueño. Sin embargo, podría también ser poseído por los antepasados*”.

La definición bíblica del profeta

Las definiciones del profeta, como se encuentran en los libros y en la cultura, pueden ser interesantes cuando estudiamos los pensamientos de los hombres. Sin embargo, a fin de cuentas, nuestra definición tiene que venir de la Biblia, porque la Escritura es la que define el término.

Según la palabra inspirada de Dios, un profeta de Dios es alguien llamado por Dios. Este llamamiento no es una invitación. Es un nombramiento por Dios mismo. El Señor dijo al profeta Jeremías: “*Antes que te formara en el vientre, te conocí, y antes que nacieras, te santifiqué, te di por profeta a las naciones*” (Jr 1:5).

La Escritura también nos dice que la función del profeta de Dios es proclamar o predicar el mensaje de Dios al pueblo. El profeta de Dios también predice el futuro. “*Tú (Moisés) le hablarás y pondrás en su boca (de Aarón) las palabras, y yo (Dios) estaré en tu boca y en la suya, y os enseñaré lo que habéis de hacer. Él hablará por ti al pueblo; será como tu boca, y tú ocuparás para él el lugar de Dios*” (Ex 4:15-16). El Señor dijo al profeta Jeremías: “*A todo lo que te envíe irás, y dirás todo lo que te mande. ... He puesto mis palabras en tu boca*” (Jr 1:7,9). Y cuando Dios llamó al profeta Ezequiel leemos: “*Hijo de hombre, ve y entra a la casa de Israel y háblales con mis palabras*” (Ez 3:4).

Hasta ahora hemos visto que el profeta de Dios no es como otros profetas que insisten en que sus revelaciones las reciben de los espíritus ancestrales. El profeta de Dios no habla sus propias palabras ni pensamientos. Más bien, habla lo que Dios, quien lo llamó y lo nombró, le manda y dirige a decir.

1. El profeta en el Antiguo Testamento

Jesucristo, el Verbo eterno (Jn 1:1), hizo su obra profética de proclamar el mensaje de Dios en el Antiguo Testamento por medio de los santos profetas. El apóstol Pedro, uno de los doce, testifica: “*Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos*” (1 P 1:10-11).

Edward W. A. Koehler, en su libro *Compendio de la doctrina cristiana*, en la página 145 nos dice cómo Jesucristo cumplió su oficio profético en el Antiguo Testamento: “*De ahí que, aun antes de su encarnación, fue Cristo, el Hijo de Dios, quien dio a conocer a Moisés y a los profetas la palabra y la voluntad de Dios, enviando su Espíritu a sus corazones*”.

Es cierto, lo que enseñaron, proclamaron y predijeron los profetas en el Antiguo Testamento, fue Cristo quien participó en crear todas las cosas (Jn 1:3), quien luego habló a la serpiente y a Eva en el huerto de Edén (Gn 3:15), haciendo la obra del profeta.

Cristo es declarado un profeta

Como se notó antes, la idea del profeta no fue algo nuevo en los tiempos del Antiguo Testamento. Moisés, quien vivió unos 1,500 años antes de Jesucristo, habló a los israelitas acerca del Salvador venidero: “*Un profeta como yo te levantará Jehová, tu Dios, de en medio de ti, de tus hermanos; a él oiréis. ... pondré mis palabras en su boca y él les dirá todo lo que yo le mande*” (Dt 18:18).

El Antiguo Testamento tiene muchas profecías que nos hablan de la obra profética del Ungido. El profeta Isaías, quien vivió unos 760 años antes de Cristo, profetizó: “*Éste es mi siervo, yo lo sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento. He puesto sobre él mi espíritu; él traerá justicia a las naciones. No gritará, no alzaré su voz ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada ni apagará el pábilo que se extingue: por medio de la verdad traerá la justicia*” (Is 42:1-3).

En otro lugar Isaías escribió acerca del Cristo: “*El espíritu de Jehová, el Señor, está sobre mí, porque me ha ungido Jehová. Me ha enviado a predicar buenas noticias a los pobres, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos y a los prisioneros apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová y el día de la venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los que están de luto*” (Is 61:1-2).

Otra vez Isaías escribió: “*He aquí que yo lo di por testigo a los pueblos, por jefe y por maestro a las naciones. He aquí, llamarás a gente que no conociste y gentes que no te conocieron correrán a ti por causa de Jehová, tu Dios, y del Santo de Israel, que te ha honrado*” (Is 55:4-5).

El profeta Zacarías, quien también fue sacerdote, profetizó acerca de Jesús: “*Aquí está el varón cuyo nombre es el Renuevo; él brotará de sus raíces y edificará el Templo de Jehová*” (Zac 6:12).

2. En el estado de humillación (exinanición)

En los días de su carne, Jesucristo, como profeta, enseñó y predicó el mensaje de Dios personalmente. Sin embargo, escogió a doce discípulos y les enseñó durante tres años

para que pudieran enseñar a otros cuando él dejara la tierra. En nuestros cuatro Evangelios, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, vemos a Jesucristo, el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre, haciendo su obra como profeta, es decir, enseñando y predicando la palabra de Dios. Algunos pasajes claramente revelan esto:

“Después que Juan fue encarcelado, Jesús fue a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios. Decía: «El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!»” (Mr 1:14-15).

El mensaje de Jesús era sencillamente que la gente debería reconocer sus pecados y creer las buenas noticias que se centraban en el prometido Salvador del mundo. Se encuentra una buena explicación de esto en “La Biblia Popular, Marcos” de Harold Wicke, página 22: *“El camino al rey, como indica Jesús, es arrepentirse y creer las buenas noticias. Arrepentirse significa tener un cambio de corazón en cuanto al pecado y en esta conexión señala las buenas noticias acerca de aquel en quien hallarían el perdón de los pecados. Jesús llamó a sus oyentes para que dejaran de servir al pecado, se entristecieran porque se habían alejado de Dios, y por fe confiaran en aquel que es el único que ofrece el perdón”*.

Esto es lo que Jesús, como profeta, quería que su pueblo supiera e hiciera cuando andaba enseñando y predicando en Judea, Galilea, Samaria y las regiones más allá. Hacía la obra del profeta.

La gente reconoció a Jesús como profeta

El poder de la palabra en la predicación de Jesús llevó a la gente a reconocerlo como profeta, como lo vemos en varios pasajes.

La mujer samaritana no pudo guardar la información para ella sola. *“Le dijo la mujer: —Señor, me parece que tú eres profeta”* (Jn 4:19).

“Entonces algunos de la multitud, oyendo estas palabras, decían: «Verdaderamente éste es el Profeta»” (Jn 7:40).

Cuando Jesús resucitó al hijo de una viuda en el pueblo de Naín, se nos dice: *“Todos tuvieron miedo, y glorificaban a Dios diciendo: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros» y «Dios ha visitado a su pueblo»”* (Lc 7:16).

Cristo se proclamó profeta

En su primer sermón en la ciudad de su hogar, Nazaret, Jesucristo dijo a la gente que estaba en la sinagoga que él era el profeta de quien había hablado el profeta Isaías. En Lucas leemos: *“Vino a Nazaret, donde se había criado; y el sábado entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer. Se le dio el libro del profeta Isaías y, habiendo abierto el libro, halló el lugar donde está escrito: «El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado*

a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos y a predicar el año agradable del Señor» (Lc 4:16-19, compare con Is 61:1-2).

Jesús dijo a los judíos incrédulos: *“Yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre, que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho»* (Jn 12:49-50).

Y cuando Cristo honraba a su Padre celestial por la obra a la cual lo había enviado, oró: *“Porque las palabras que me diste les he dado; y ellos las recibieron y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los odió porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Les he dado a conocer tu nombre y lo daré a conocer aún”* (Jn 17:8,14,26).

Cristo predicó la ley

Cristo como profeta predicó la ley por dos razones. Primero, quería que la gente estuviera consciente de sus pecados, y segundo, quería que la ley los guiara en su vida cristiana. (Reconocemos que la ley también tiene un tercer uso, es decir, frenar a la gente de brotes groseros del pecado.)

Como un ejemplo del uso que Jesús hace de la ley para hacer a la gente consciente de su pecado, leemos de Lucas: *“Un intérprete de la Ley se levantó y dijo, para probarlo: —Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna? Él le dijo: —¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees? Aquel, respondiendo, dijo: —Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Le dijo: —Bien has respondido; haz esto y vivirás”* (Lc 10:25-28, compare con Dt 6:5, Lv 19:18).

A fin de mostrar cómo debían vivir de acuerdo con la ley, Jesús les dijo: *“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”* (Mt 5:48, compare con Lv 19:2).

Cristo predicó la ley a la gente con claridad; no era como los sacerdotes, escribas y fariseos que cargaban las conciencias de las personas predicando la ley, y no les daban esperanza. Además de la ley, que condena, Jesús predicó el evangelio que salva.

Cristo predicó el evangelio

La obra profética principal de Jesús durante sus días en la carne siempre fue la predicación del evangelio, de las buenas nuevas de la salvación para toda la humanidad. Esto se muestra en los siguientes pasajes:

“La Ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn 1:17).

Jesús dijo a los discípulos de Juan el Bautista que llegaron a él para saber si él era el que había de venir: *“Id, haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el evangelio”* (Lc 7:22).

A la gente de la ciudad de Capernaúm, que era su centro de operaciones, Jesús le dijo: *“Es necesario que también a otras ciudades anuncie el evangelio del reino de Dios, porque para esto he sido enviado”* (Lc 4:43).

La predicación del evangelio de Cristo debía salvar a los pecadores, convertir sus corazones pecaminosos a Dios. El mensaje del evangelio de Cristo se podía resumir en un pasaje bien conocido de la Biblia: *“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna”* (Jn 3:16).

Cristo, el profeta del mundo

La obra profética de Cristo en los días de su carne (su exinanición) se llevó a cabo con la impresión de que Jesús sólo fue designado para la nación de Israel. Cuando una mujer cananea, que tenía una hija que sufría terriblemente porque estaba poseída por un demonio, pidió a Jesús que sanara a su hija, Jesús respondió: *“No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel”* (Mt 15:24).

Cuando Jesús envió a sus doce discípulos a predicar las buenas nuevas del reino de Dios, les dio instrucciones estrictas diciendo: *“Por camino de gentiles no vayáis, y en ciudad de samaritanos no entréis, sino id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel”* (Mt 10:5-6).

El apóstol Pablo escribió a los romanos: *“Os digo que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres”* (Ro 15:8).

Sin embargo, Cristo mostró que no sólo vino para los israelitas sino para toda la gente que estaba bajo la ira de Dios a causa de sus pecados. Lo vemos cuando extendió su mano para sanar a la hija de la mujer cananea (Mt 15:21-28), cuando conversó con una mujer samaritana por el pozo de Jacob (Jn 4:1-26) y cuando sanó al siervo de un centurión romano (Lc 7:1-10).

En cuanto a Cristo como profeta para el mundo, los profetas del Antiguo Testamento habían predicho que la obra profética del Ungido no se limitaría a una nación, la de Israel, sino sería para todas las naciones. El profeta Isaías escribió: *“Andarán las naciones a tu luz y los reyes al resplandor de tu amanecer”* (Is 60:3). August Pieper en “Isaiah II”, página 575, comenta bien sobre Isaías 60:3: *“Extenderá su llamamiento a los gentiles a los que no conoce, y los gentiles que no le conocen vendrán corriendo a él. Convertirá a muchos gentiles a Sión”*.

Otro pasaje impresionante que muestra que Cristo redime al mundo se encuentra otra vez en Isaías: *“Poco es para mí que solo seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob y restaurar el resto de Israel; también te he dado por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo último de la tierra”* (Is 49:6).

Otra vez, leyendo de “Isaiah II”, página 360-361, August Pieper comenta sobre este pasaje: *“Hay dos puntos acerca de este misterio que se deben tener en cuenta. Los gentiles no son una clase independiente de ciudadanos en el reino de Dios, al lado de los judíos, sino una clase que se ha incorporado en aquella ciudadanía que pertenece a Israel por la promesa. En el reino espiritual de Dios Israel también es el primogénito de Dios, que posee todos los derechos de la primogenitura. La iglesia de los gentiles nunca debe olvidar esto. El segundo punto es que ya no hay ninguna distinción entre judío y griego, circuncisión e incircuncisión, bárbaro y escita, esclavo y libre, porque todos tienen al único Señor que es generoso a todos los que le invocan. Cristo es todo para nosotros y está en todos nosotros (Cl 3:11; Rm 10:12). Los gentiles que creen son todos ciudadanos naturalizados en el reino de Dios, los judíos creyentes son los nativos”*.

El profeta Hageo también profetizó que el Salvador sería para los judíos y los gentiles: *“Haré temblar a todas las naciones; vendrá el Deseado de todas las naciones y llenaré de gloria esta Casa, ha dicho Jehová de los ejércitos”* (Hag 2:7).

Seguramente Jesús es el Salvador para todos los pueblos. Jesús dijo: *“Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; a esas también debo atraer y oirán mi voz, y habrá un rebaño y un pastor”* (Jn 10:16).

En verdad, Cristo fue enviado primero sólo a la nación de Israel, luego para todos los demás pueblos sin importar raza, lengua, nacionalidad, cultura o estado social. El apóstol Pablo escribió: *“No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación de todo aquel que cree, del judío primeramente y también del griego”* (Ro 1:16).

3. En el estado de exaltación

Ya han pasado casi dos mil años desde que Jesucristo ascendió al cielo. Sin embargo, sigue con su obra como profeta, es decir, enseñando y predicando las buenas nuevas a todos los que están aquí en la tierra. Lo hace por medio de su iglesia. Los escritores de los cuatro Evangelios nos dicen cómo Cristo confió a la iglesia la misión de enseñar y predicar su palabra de salvación. Antes de ascender al cielo, dijo a los once discípulos: *“Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”* (Mt 28:18-20a). A los mismos discípulos dijo: *“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado”* (Mr 16:15).

Jesús expresó que la iglesia seguiría con su obra profética cuando dijo: *“¡Paz a vosotros! Como me envió el Padre, así también yo os envío. Y al decir esto, sopló y les dijo: — Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les serán perdonados, y a quienes se los retengáis, les serán retenidos”* (Jn 20:21-23).

Asimismo, Jesús dijo: *“Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos al tercer día; y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas”* (Lc 24:46-48).

David Valleskey, presidente del Seminario Luterano de Wisconsin, hace un buen comentario sobre la misión de la iglesia en su libro “Creemos — por tanto hablamos”, páginas 128, 129, 132-133: *“Ellos (los discípulos) debían hacer a la gente discípulos de Jesús empleando los medios de gracia (el bautismo en particular), por medio de los cuales el Espíritu Santo crea la fe. También debían ayudar a la gente a crecer como discípulos enseñándoles, por medio de la palabra, a obedecer, guardar y adherirse a todo lo que Jesús había mandado, es decir, toda su palabra. ‘Enseñándoles para que guarden todo lo que os he mandado’ incluía la vida de santificación del creyente después de haber llegado a creer por medio del bautismo. ... Sean heraldos del evangelio. Se presupone que para hacer esto los discípulos irán a aquellos que todavía no lo han oído ni creído. ... La iglesia irá a todos en todas partes donde no se hayan arrepentido ni recibido el perdón de los pecados, para contarles las buenas noticias de que en Cristo sus pecados han sido perdonados. A los que reciben con fe su mensaje pueden asegurarles que tienen las puertas del cielo abiertas. A aquellos que lo rechazan se les tiene que decir que las puertas del cielo están cerradas mientras rehúsen arrepentirse y creer el evangelio.”*

Juan Schaller, desde 1908 hasta 1919 presidente del Seminario Teológico de Wauwatosa, Wisconsin, EE. UU., (más tarde con el nombre de Seminario Luterano de Wisconsin en Mequon, Wisconsin), en su libro titulado “Biblical Christology” [Cristología Bíblica] páginas 140-141, escribió acerca de la obra profética de Cristo hoy por medio de su iglesia: *“En dondequiera y en cualquier tiempo en que se predica, el evangelio es su palabra y él es el profeta, como profetizó por boca de sus profetas (Lc 1:70; 1 P 1:10-11; He 1:1), de modo que ahora ha encargado a su iglesia la misión de proclamar su evangelio, en su nombre, en su poder y con la seguridad de su presencia invisible, corporal hasta el fin de los días (Mt 28:18-20). Para cumplir este plan, no sólo nombró a sus apóstoles para ser sus testigos inspirados y los maestros autorizados de su verdad para todas las generaciones venideras (Mc 16:15; Jn 20:21; Hch 1:8), sino también sigue bendiciendo a su iglesia con los dones de personas calificadas por sus dones a llevar a cabo la obra (Ef 4:8-12; 1 Co 12:28; Mt 9:37s). En un sentido peculiar y único, la palabra de los apóstoles es la palabra de Cristo mismo (Is 52:6; Lc 10:16; Jn 13:20), Sin embargo, lo mismo es el caso con la predicación de todos los siervos de la iglesia en la medida en que sacan su mensaje de las palabras escritas de Cristo”.*

Conclusión

Es importante que cada cristiano reconozca a Jesús como profeta. ¿Por qué? Porque Jesús no sólo sufrió y murió en la cruz y resucitó del sepulcro. Como nuestro profeta, nos entregó el mensaje de su sacrificio en la cruz, la palabra de salvación. Si no hubiera actuado como profeta para compartir con nosotros ese mensaje de Dios, ¿cómo podría alguno de nosotros tener la fe? ¿Cómo podría alguno de nosotros recibir la salvación eterna si Jesús no nos hubiera dado esa palabra de salvación?

¡Qué maravilloso es que Jesús, un verdadero hombre, anduvo en esta tierra para darnos el mensaje precioso de nuestra vida eterna! Como leemos en la Sagrada Escritura: “¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!” (Ro 10:15, compare con Is 52:7). Pablo no escribía sólo de los pies de los apóstoles, los evangelistas y los pastores, maestros, mensajeros laicos, etc. de hoy. Se refería a los pies de Jesús también, sí, de Jesús, nuestro Profeta.

Que el mensaje de Jesús como Profeta sea otra parte de la palabra de Dios que nos fortalece y sostiene en nuestra fe.

Bibliografía

Gehmann, Richard J., *African Traditional Religions in the Biblical Perspective*. Kijabe, Kenya: Kijabe Printing Press, 1989. Paperback

Koehler, Edward W. A., *Compendio de la doctrina cristiana*. St. Louis: Concordia Publishing House, 1993.

Laetsch, Theodore, editor, *The Abiding Word, Volume II*. St. Louis: Concordia Publishing House, 1947.

Pieper, August, Erwin E. Kowalke, translator, *Isaiah II: An exposition of Isaiah 40-66*. Milwaukee, Northwestern Publishing House, 1981.

Unger, Merrill F., *Unger's Bible Dictionary, 3rd Edition*. Chicago: The Moody Bible Institute of Chicago, 1966.

Valleskey, David J., *We Believe — Therefore We Speak: The Theology and Practice of Evangelism*. Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1997.

Wicke, Harold E., *The People's Bible: Mark*. Milwaukee, Northwestern Publishing House, 1988.